

# Año 1999

Mike, Luke y Jason estaban preparados para el siguiente lanzamiento. Hacía un día espléndido y el cielo estaba pintado de azul celeste. No había nubes. Uno de los chicos golpeó con el bate de madera la pelota de béisbol, que danzó suavemente bajo el caluroso sol de la tarde.

—¡Aparta, pecosa! —gritó Mike cuando adivinó la trayectoria de la pelota.

Jason no corrió lo suficiente como para lograr atraparla y la pelota se desplazó en el aire con total libertad antes de estrellarse contra el brazo de la niña pelirroja que, sentada en la acera de la calle con las piernecitas cruzadas, observaba jugar a los chicos.

—¡Ay!

La pequeña se llevó una mano al hombro, donde la pelota acababa de golpearla, y se masajeó la zona irritada con la punta de los dedos. Seguro que le saldría un moratón.

Mike apoyó el bate en el suelo de la calzada mientras Jason corría hacia ella. La había visto en el colegio. Era imposible no fijarse en ella, no solo porque era la nueva, sino porque tenía un montón de pecas, como si alguien hubiese sacudido una brocha de pintura sobre su piel, salpicándola de estrellas, y porque el cabello, que caía por sus hombros con delicadeza, era del color de las calabazas maduras.

Parecía diferente.

Y, aunque se esforzaba por negarlo, a Mike le atraían las rarezas.

Siguió a Luke cuando vio que él también iba a ver si le había pasado algo.

—¿Te has hecho daño? —Jason intentó verle el brazo, pero ella rehusó su contacto y se apartó. Tenía acuosos los ojos color caramelo.

Jason la miró apenado, sin saber qué más decir para resarcirse del sentimiento de culpa, y se giró al escuchar a su espalda las pisadas de sus amigos. Ni Luke ni Mike parecían demasiado preocupados por la chica.

—¿Vas a llorar? —Mike ladeó la cabeza con curiosidad—. ¿Qué pasa, que tienes dos años? ¿Eres un bebé?

Jason le dirigió una dura mirada de reproche que Mike fingió no ver antes de dar otro paso al frente, acercándose más a ella.

—¿No sabes hablar? —insistió.

Luke y Mike rieron.

La niña miró a este último cohibida, impresionada por los fríos e imperturbables ojos grises que endurecían todavía más su rostro enfadado. No estaba demasiado segura de qué había hecho mal ni por qué la incordiaba; al fin y al cabo, había sido él quien la había golpeado después de llamarla «pecosa». Rachel tragó saliva y se armó de valor.

—¡Puedo hablar y tengo siete años! —se defendió. El chico rubio, el único que se había preocupado por lo ocurrido, le sonrió y asintió con la cabeza, animándola a que siguiese haciéndoles frente—. Le has tirado mal la pelota, ¡no sabes jugar!

Luke arqueó las cejas con sorpresa, Mike la miró con la boca entreabierta y Jason sonrió más ampliamente, admirado porque una chica se atreviese a plantarles cara.

—¿Qué has dicho, pecosa?

—Cerebro de mosquito, orejas de rana, ni oyes ni piensas, eres como una banana... —canturreó Rachel a pesar de que le temblaban las piernas como si estuviesen hechas de gelatina de limón.

Nunca antes se había enfrentado a un chico.

—¿Cómo...? —Mike frunció el ceño.

—Solo es una canción... —balbuceó Rachel.

Ella siempre procuraba evitar meterse en líos; recogía los juguetes cuando su padre se lo pedía, hacía los deberes en cuanto llegaba del colegio e intentaba ayudar en las tareas de la casa: ponía la mesa, metía la ropa sucia en la lavadora y a veces pasaba el plumero por la estantería de su habitación donde guardaba todos sus cuentos.

Lo único que Rachel deseaba era caer bien a los otros niños del colegio. Hacía unas semanas que papá y ella se habían instalado en aquel vecindario, pero sus compañeros no eran nada simpáticos y el primer día de clase unas niñas habían empezado a llamarla «zanahoria» y le habían quitado el coletero rosa con el que se sujetaba el pelo: era su preferido porque tenía unos corazones de plástico pegados alrededor. Echaba de menos a sus antiguos amigos, pero no podía decírselo a su padre. Él siem-

pre decía que tenía que ser fuerte, que los obstáculos solo están ahí para que alguien pueda saltarlos.

Cuando su madre se marchó al cielo, él le explicó que iban a mudarse porque la casa donde habían vivido todos aquellos años resultaba «demasiado dolorosa». Rachel no entendía cómo una casa podía «doler», pero su padre estaba triste y deseaba contentarlo. Él le aseguró que empezarían desde cero y que sería divertido, y ella se mantuvo callada y fingió que no sabía que mamá había muerto porque un camión había arrollado su coche cuando volvía del trabajo. Se lo había oído decir a tía Glenda durante el funeral, mientras los vecinos la miraban con pena y mordisqueaban los canapés de queso y tomate seco que servían.

Aquel día, Rachel se encerró en la despensa de la cocina, se sentó en el suelo abrazándose las rodillas y se quedó allí escuchando lo que aquellos invitados decían sobre su madre. No salió hasta que todos se hubieron marchado. Poco después, dejaron atrás el pequeño pueblo cerca de Seattle donde había crecido, a sus amigos del colegio, a la tía Glenda y un montón de recuerdos que ya no podrían perseguirlos.

—Eres rara —declaró Luke rompiendo el silencio.

—¡No es verdad! —gimoteó ella con voz chillona.

Quince minutos antes, a través de la ventana de la cocina, había estado mirando a los chicos mientras se divertían practicando algo parecido al béisbol. Al descubrirla, su padre había apartado un poco más la cortina y le había sonreído antes de animarla a salir un rato para jugar con ellos, siempre que no se alejase demasiado de la puerta de casa. Al final, movida por la curiosidad, le había hecho caso. Se había sentado en la acera con las piernas cruzadas, observándolos con atención. Le sonaba haberlos visto en su nuevo colegio, pero no sabía cómo se llamaban porque nunca había hablado con ellos.

—Vale, toma. —Mike le tendió el bate de béisbol—. A ver qué puntería tienes tú.

Lo último que le apetecía era enfrentarse a él, pero estaba muy nerviosa y era incapaz de reaccionar y protestar, así que permaneció inmóvil durante unos segundos, sosteniendo el bate con las dos manos, consciente de que acababa de aceptar el reto por culpa de su silencio.

—Son las seis —dijo Luke.

—¿Las seis...? —Mike apartó la vista de Rachel y se giró hacia su amigo—. Vigila y avísame si ves que llega a casa.

Rachel no entendía nada de lo que decían ni tampoco tenía intención de preguntarles sobre qué estaban hablando o cuál era el problema de que fuesen las seis de la tarde. El verano todavía no había terminado, así que a esa hora el sol continuaba ondeando en lo alto del cielo como si alguien lo hubiese colgado allí con hilo de pescar.

El amable chico rubio se acercó a ella. Sonrió tímidamente.

—Me llamo Jason Brown —dijo y, sin darle tiempo a protestar, le quitó el bate.

—Yo soy Rachel —respondió ella, indecisa, apenas en un murmullo.

Él asintió, se giró y se colocó a su lado en una posición adecuada para batear. La miró de reojo cuando estuvo listo para explicarle la forma más básica de golpear la pelota.

—Te enseñaré cómo tienes que hacerlo.

—¡Eh, Jason! ¡Eso es trampa! —gritó Mike desde el otro lado de la calle, con la pelota en la mano a la espera de poder lanzarla.

Rachel arrugó la nariz.

Aquel niño era... era... ¡tonto!

Sin pensárselo más, le arrebató el bate de béisbol a Jason.

—No hace falta que hagas esto. Si quieres, puedo decirle a mi amigo que te deje en paz. Solo está enfadado porque le has dicho que no sabe jugar.

Rachel negó con la cabeza.

—Gracias, pero sé batear. Mi padre me enseñó.

Cuando Jason se hizo a un lado, la niña flexionó levemente las rodillas, mantuvo la cabeza recta, la mirada al frente y los brazos en el centro, con el bate levemente inclinado hacia la derecha.

Aquellos ojos pálidos se clavaron en ella desde el otro lado de la calle. Rachel tuvo que hacer un gran esfuerzo para concentrarse.

—¡Allá va, pecosa!

Cogiendo impulso, él lanzó la pelota de béisbol. Rachel percibió cómo cortaba el aire emitiendo un débil silbido mientras trazaba un arco perfecto. Se obligó a mantener los ojos muy abiertos, a pesar del molesto reflejo del sol y, cuando llegó el momento indicado, retiró el bate hacia atrás y después lo movió nuevamente hacia delante, golpeando así la pelota con precisión.

Pudo ver la sorpresa dibujada en su rostro.

Él no había previsto que Rachel fuese siquiera capaz de utilizar ade-

cuadadamente un bate de béisbol, así que ni se había molestado en prepararse para correr.

La pelota aterrizó en el suelo, a lo lejos.

Había ganado. Jason chocó el puño con ella.

—Juegas muy bien —le dijo.

—Gracias.

—¡Eh, tu padre ha llegado! ¡Está en casa! —gritó Luke, que se había perdido toda la diversión al irse a vigilar.

Mike Garber asintió con la cabeza. Caminó hasta Rachel con decisión, le quitó el bate de béisbol de las manos y la señaló con el dedo índice.

—Mañana, aquí, a las cinco, la revancha. Y no llegues tarde.

En otras circunstancias, Rachel hubiese podido tomárselo como una amenaza debido al tono inflexible de su voz, pero estaba segura de que no tenía nada por lo que preocuparse. De hecho, cuando él mostró una leve sonrisa antes de marcharse corriendo calle abajo, ella vio un atisbo de calidez en sus ojos. Y ese agradable descubrimiento provocó que algo en su interior se estremeciese.

# Año 2002

Como todas las tardes desde que se había mudado a San Francisco, hacía ya tres años, Rachel se sentó en la acera de la calle, tras la casa donde vivía Mike, a la espera de que este saliese a recibirla con una sonrisa y, juntos, se encaminasen por el sendero de piedra y gravilla que atravesaba la urbanización y se dirigía directamente a la zona donde residían Luke y Jason. Siempre quedaban después de merendar, dispuestos a malgastar el resto del día entre juegos y travesuras; hasta las seis, cuando Mike debía volver a estar en casa.

La niña suspiró, angustiada por el intenso frío que parecía congelar el aire a su alrededor. Se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro, dando de vez en cuando pequeños saltitos, con la esperanza de que Mike no se retrasase mucho más. Normalmente, no solía hacerla esperar.

Rachel contempló el vaho que escapaba de sus labios entreabiertos y alzó un dedo en alto, deseando tocar el frío que se materializaba frente a ella. Sin embargo, antes de que pudiese siquiera intentar tal estupidez, escuchó un grito ahogado que provenía de la casa y, temblando, se acercó hasta la verja de la entrada, con la intención de descubrir qué era lo que ocurría.

No era Mike quien gritaba. Era la voz aguda de una mujer.

Se aferró con una mano al barroto de metal y apoyó la frente en la verja.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué chillaba de esa forma la madre de Mike? ¿Y si le había pasado algo a él...?

Conforme los gritos se incrementaban, interrumpidos en ocasiones por una vigorosa voz masculina, comenzó a impacientarse. Movié la cabeza de un lado a otro, anhelando encontrar a algún vecino en la calle que pudiese ayudarla, pero allí no había nadie.

Dudó, con la mirada fija en la manivela, recordando las palabras que Mike le había repetido en varias ocasiones desde que se cono-

cían: «Nunca pases de la puerta de la entrada. Espérame fuera, tras el muro. Prométeme que lo harás». Y, por supuesto, Rachel se lo había prometido.

Tanto ella como Luke y Jason sabían que en su casa tenía problemas, a pesar de que Mike rehusaba hablar de ello. Él prefería hablar de cualquier tontería cuando no sabía cómo escapar de alguna pregunta o intentar hacerle la puñeta a Rachel para que ella se olvidase de todas las cuestiones que se agolpaban en su mente curiosa. Solo decía lo esencial, que en resumidas cuentas, era que no podían ir a jugar a su casa porque a su padrastro no le gustaban las visitas.

Pese a la promesa que le había hecho, Rachel no podía evitar que un escalofrío la sacudiese cada vez que volvían a escucharse gritos y llantos. Era incapaz de distinguir las palabras exactas, pero las pocas que lograba cazar al vuelo no eran nada agradables. Temía que a Mike le hubiese ocurrido algo o que estuviesen haciéndole daño, así que, finalmente, giró la manivela y abrió la puerta de la entrada.

Cualquiera hubiese sido capaz de advertir a simple vista que le temblaban las manos, incluso a pesar de que dos enormes guantes rosas las cubrían protegiéndolas del frío. Ignorando el miedo que se apoderaba de ella, avanzó por el descuidado camino hacia la casa, que se recortaba a unos metros de distancia entre algunos árboles enormes que nadie se había molestado en podar. Si su padre hubiese visto aquel jardín, se habría puesto manos a la obra de inmediato; parecía que hacía años que nadie se preocupaba por el estado de la vegetación, ni por el escalón roto que conducía al porche o las tablas de madera sin brillo del suelo.

Antes de que pudiese llegar a la puerta, esta se abrió y Mike clavó su mirada en los ojos aterrorizados de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó él, casi sin mover los labios y echando una rápida ojeada por encima del hombro al interior de la casa.

—Tu ceja... Tienes sangre.

Mike cerró la puerta de la calle sin hacer ruido y se giró hacia ella mientras se limpiaba la ceja con el dorso de la mano, quitándole importancia.

—No es nada. ¡Venga, vámonos!

—Pero...

Cuando Mike vio que la chica parecía haberse quedado petrificada en el porche, dio un paso hacia atrás y la cogió de la mano, arrastrándola hacia el exterior, con el corazón latiéndole más rápido que nunca. Una vez que hubo cerrado la verja, ambos avanzaron varios metros corriendo hasta internarse en el camino de gravilla. Él cogió mucho aire de golpe, miró de reojo a Rachel e intentó adivinar sus pensamientos. No quería involucrarla en sus problemas. Se metió las manos en los bolsillos de la cazadora, comenzó a andar y contó mentalmente los hierbajos que iba pisando y dejando atrás. Contar cosas le calmaba.

—Te dije que no entrases nunca —le recordó.

—¡Lo siento! En serio, no quería, pero es que... —Se paró frente a él, impidiéndole que pudiese seguir caminando—. ¿Tu padrastro te ha hecho eso? —preguntó, alzando un dedo en alto con lentitud para señalarle la ceja, que había dejado de sangrar.

Él negó con la cabeza, contrariado por todos los sentimientos que se agolpaban en su interior, solapándose conforme pasaban los años; por una parte quería gritar, expulsarlo todo fuera, pero, por otra, cuando la miraba tenía el presentimiento de que Rachel, a pesar de llevar con normalidad la muerte de su madre, era demasiado frágil para entender y aceptar que, en ocasiones, ocurren cosas malas contra las que no siempre se puede luchar. Mike había madurado rápido. Por el contrario, ella todavía soñaba con que su padre, el señor Robin, le comprase un traje de tul rosa para el día de carnaval. Y leía cuentos de príncipes, castillos y dragones; cuentos donde el bien siempre vencía al mal y a los villanos les daban su merecido. Su escala de grises era limitada.

A pesar de estar tan cerca y unidos, sus mundos eran completamente diferentes.

—Mike... Puedes contármelo todo. —Rachel tiró de los extremos del gorro que llevaba puesto y se lo quitó—. Toma, pónitelo tú. Yo no tengo frío.

Él contempló durante unos segundos el amasijo de lana que ella le ofrecía.

—Es rosa. —Con una sonrisa, lo cogió y volvió a colocárselo a Rachel en la cabeza, con cuidado de no tirarle del pelo—. Y no te preocupes más, pecosa. Tan solo han tenido una pelea; ocurre a veces, ¿sabes? Los mayo-



res discuten. —Atrapó la nariz roja de la niña entre sus dedos, intentando calentársela en vano—. Pero lo de la ceja no ha tenido nada que ver, ha sido un accidente —aclaró, deseando no tener que mentirle—. Ahora vamos, Luke y Jason nos están esperando.

# Año 2004

Mike cogió una pila de discos de vinilo y los transportó con cuidado hasta la mesa del escritorio donde el padre de Rachel estudiaba con interés unos ejemplares nuevos que había encargado la semana anterior.

Robin Makencie era un amante de los clásicos del rock, tenía ediciones muy valiosas y peculiares, y Mike se ofrecía para ayudarlo cada vez que hacía un nuevo inventario y organizaba las estanterías donde guardaba los discos. Cualquier excusa era buena para pasar menos tiempo en su casa y todavía más si podía estar con Robin, el tipo de hombre que hubiese deseado tener como padre. No tenía nada que ver con su padrastro Jim; eran polos opuestos.

El señor Robin le había abierto las puertas de par en par años atrás, poco después de que retase a su hija a golpear aquella pelota de béisbol. Le enseñó todo lo que sabía sobre música, a distinguir un acorde de otro y a apreciar la magia de cada melodía. Habían pasado muchas horas dentro de las cuatro paredes de su estudio. A veces, también los acompañaban Jason y Luke. Y Rachel solía entrar con sigilo cuando ya llevaban allí un buen rato, siempre con un libro en la mano, para dejarse caer sobre la alfombra que había en el centro de la estancia y seguir con la lectura.

—Deberíamos repasar de nuevo los de la letra efe. Aquí se nos ha colado uno. —Robin le tendió con delicadeza el disco y Mike lo miró con interés antes de depositarlo en la estantería correspondiente.

—Vale. Ahora los miro —dijo—. ¿Ponemos música mientras tanto?

—Claro. —Robin le sonrió; unas arrugas amables aparecían en las comisuras de sus ojos claros cuando lo hacía—. Elige tú, chico.

—¿Nirvana?

—Siempre Nirvana... —El señor Robin negó con la cabeza y lo miró divertido. De todos los grupos que coleccionaba y veneraba, aquel no era precisamente su preferido, aunque le gustaba escucharlo de vez en cuando—. ¿Se puede saber por qué te gusta tanto?

—No lo sé. —Mike se encogió de hombros y colocó sobre la enorme pila de discos otro más—. Puede que sea porque... está roto. Todo está roto.

Robin frunció el ceño y no llegó a responder porque Rachel abrió la puerta en ese momento y entró. Vestía un peto vaquero y llevaba el cabello pelirrojo recogido en una trenza. Se cruzó de brazos frente a ellos.

—¿Sabéis qué hora es? ¡Me muero de hambre!

Mike arqueó una ceja y la miró divertido.

—Llevas chocolate en la mejilla, pecosa.

—¡Por culpa vuestra! —Se limpió con brusquedad. La habían pillado—. Aun así sigo teniendo hambre. Y deja de llamarme pecosa.

Robin prorrumpió en una de esas carcajadas que parecían aletear por la habitación tiempo después, como si su risa fuese más vigorosa que la de los demás.

—Está bien. Seguiremos luego, ¿de acuerdo, chico? Es sábado, tenemos toda la tarde. —Mike asintió con la cabeza—. Veamos qué podemos hacer para comer...

# Año 2006

Rachel le echó un vistazo al reloj que descansaba en su mesita de noche. Era la una de la madrugada y al día siguiente tenía clase, pero no podía dejar de leer. Se sentía atrapada por esa historia. Bostezó, pasó otra página con delicadeza y antes de que pudiese seguir avanzando, su padre entró en la habitación.

—¿Todavía estás despierta?

—Solo... solo un poco más —pidió.

Robin se acercó hasta su cama, le quitó el libro de las manos y lo dejó con cuidado a un lado. Le acarició la cabeza con la mano y se inclinó para darle un beso en la frente.

—Es muy tarde, Rachel. Mañana más.

—Vale —refunfuñó algo molesta.

Se acurrucó en la cama y se quitó la pulsera de cuentas azules que llevaba puesta. La dejó sobre la mesita de noche produciendo un suave tintineo y Robin se fijó en ella.

—¿Es nueva?

—Sí. Me la regaló Mike.

Su padre esbozó una pequeña sonrisa, le dio un segundo beso y apagó la luz de la lamparita que descansaba a un lado.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, papá —susurró en la penumbra.

# Año 2008

—Creo que lo odio —susurró Rachel.

Jason esbozó una sonrisa afable.

—Yo creo que lo amas.

—No. Eso es imposible.

Suspiró hondo antes de apoyar la cabeza sobre el hombro de Jason, sin apartar la mirada de Mike y la joven con la que coqueteaba delante de sus narices. No se parecía en nada a ella: la chica tenía el cabello muy corto, casi a la altura de la nuca, y completamente negro, del mismo color que el ajustado vestido que llevaba puesto. No tenía pecas. Ni una sola peca. Su rostro era una superficie tersa y blanquecina, y nada rompía la monotonía de aquella aburrida perfección.

Aquella noche Luke cumplía dieciséis años. Su familia le había dejado celebrarlo en el garaje de su casa y, además, se habían tomado la molestia de irse a cenar a la ciudad, con la intención de dejarlos a solas durante unas cuantas horas.

En el centro de la estancia descansaban dos viejos sofás y una mesa repleta de cervezas que había traído el hermano mayor de uno de los chicos del equipo. La música estaba muy alta e impedía que los invitados pudiesen hablar sin tener que gritar.

—¿Seguro que no quieres nada? —insistió Luke, pero ella denegó el ofrecimiento con la cabeza. Jason sí aceptó la cerveza y sacudió la mano para quitar las gotitas de agua helada que recubrían el bote.

—¿Hasta qué hora podemos quedarnos?

—No lo sé, supongo que hasta las... —Dejó de hablar cuando un compañero del equipo de fútbol americano en el que estaba Luke lo cogió por detrás y le rodeó el cuello con un brazo fingiendo ahogarlo, como si fuese algo súper divertido.

Rachel suspiró. En aquel garaje repleto de gente con la que no estaba familiarizada, sin una gota de alcohol en su cuerpo que pudiese distraerla

de lo que sucedía, sentía cómo el estómago le daba una brusca sacudida cada vez que la mano de esa chica rozaba el brazo de Mike a propósito. Y él no hacía nada por apartarla, por supuesto.

Se aferró con más fuerza al brazo de Jason, dando las gracias en silencio por tener allí a su mejor amigo. Era el único en quien confiaba lo suficiente como para dejarle entrever sus confusos sentimientos. Cuando acudían a alguna fiesta, Jason nunca la juzgaba ni la dejaba sola para largarse con cualquier desconocida, a diferencia de *otros*.

Creyó que empezaría a escuchar el rechinar de sus dientes si la chica continuaba insinuándose tan descaradamente. No es que ella tuviese derecho a oponerse a nada, pero prefería que sus ojos no fuesen testigo de ello. Se giró hacia Jason.

—¿Te importa... te importa si salimos un rato fuera? —propuso—. El humo me está dejando idiota —añadió, dirigiéndole una mirada feroz a un compañero del equipo de Luke que, sentado a su lado, fumaba marihuana.

Jason asintió con la cabeza y, en cuanto se pusieron en pie, otros dos estudiantes ocuparon el hueco que acababan de dejar en el sofá.

Rachel agradeció el viento fresco de la noche que le golpeó el rostro en cuanto puso un pie en el exterior. Todavía tenía los ojos algo enrojecidos por culpa del chico que había estado fumando a su lado. Los cerró durante unos instantes, intentando aliviar la irritación.

Ambos recostaron la espalda en la pared de cemento que bordeaba la casa de Luke, por la que intentaba escalar una buganvilla repleta de pequeñas flores rojizas.

El cielo era completamente negro, apenas había estrellas, más allá de algunos diminutos puntitos blanquecinos que no parecían tener la fuerza necesaria para brillar con claridad.

Mike le había confesado un día que contar estrellas le servía para tranquilizarse. Decía que era perfecto porque, al concentrarse en tener que llevar la cuenta, olvidaba momentáneamente las preocupaciones y los miedos que lo acechaban. Se lo había contado años atrás, cuando a ella todavía le costaba dormir por las noches sin que su madre estuviese a su lado leyéndole un cuento, pero no lo había olvidado. Igual que tampoco olvidaba que había dicho que lo hacía a menudo, cuando estaba nervioso, cuando sentía que se ahogaba, cuando llegaba a un callejón sin salida...

—¿Estás bien? —Jason la miró de reojo tras darle un trago a su cerveza.

—Sí, bueno, supongo.

Emitió un sonoro suspiro que rompió el silencio de la noche. Odiaba no poder disfrutar de la fiesta por estar tan pendiente de lo que Mike hacía en todo momento. Se sentía débil, enamoradiza y tonta.

—¿Por qué no hablas con él?

—¿Para qué? Es evidente que no le gusto.

Rachel se toqueteó las puntas del pelo con nerviosismo.

—Te quiere.

—Sí, mucho. Como a una hermana.

Jason contempló el semblante serio de la chica y apoyó una mano en su hombro al darle un suave y reconfortante apretón.

—Podemos irnos, si quieres —propuso.

—¿Adónde pensáis ir?

La voz de Mike, curiosa y vibrante, se alzó tras ellos.

Al girarse, Rachel no solo se encontró con sus cristalinos ojos, sino también con los de la chica que todavía lo acompañaba; los suyos se asemejaban a dos pequeños trozos de carbón, negros y brillantes. Notó que algo se encogía en su estómago con brusquedad y se preguntó cómo era posible que enamorarse de alguien provocase una sensación tan dolorosa y desagradable. No sentía maripositas aleteando, demonios; sentía como si una estampida de ñus furiosos se desatase en su interior.

—Mike, ¡no seas entrometido! —intervino la joven desconocida. Él pestañeó confundido cuando la miró—. ¿No te das cuenta de que los estamos interrumpiendo? Vamos, ¡volvamos dentro! —lo instó, tirándole de la manga de la camiseta.

—Solo queríamos tomar el aire —aclaró Jason—. No hace falta que os marchéis.

Mike Garber centró su mirada en Rachel durante unos incómodos segundos y solo rompió el contacto al posar la vista en la mano de Jason, que seguía apoyada cariñosamente sobre el hombro de la chica. Un músculo se tensó en su mandíbula produciendo un movimiento casi imperceptible.

La morena que lo acompañaba insistió de nuevo, asegurándole que lo mejor sería que fuesen junto a los demás compañeros del instituto. Con desparpajo, entrelazó sus dedos largos y repletos de anillos entre los de Mike, cogiéndole de la mano, y logró que él se diese la vuelta y la siguiese al interior del garaje.

En cuanto volvieron a quedarse a solas, Rachel exhaló una gran bocanada de aire tras advertir que llevaba un buen rato conteniendo la respiración. Chasqueó la lengua, al tiempo que le arrancaba una flor a la buganvilla y la frotaba entre sus dedos hasta deshacerla en pequeños trocitos.

—¿Sabes en qué estoy pensando? —Sonrió cuando se giró hacia Jason.

Él tragó el sorbo que acababa de darle a su cerveza y alzó una ceja en alto.

—En palomitas recién hechas. Y en una película para acompañarlas, claro.

—¿Qué? ¿Cómo demonios lo has sabido?

Le dio un manotazo en el hombro, divertida y asombrada.

—Siempre sonríes así cuando te apetece ese plan. Bien, veamos, ¿en tu casa o en la mía?

Rachel rio.

—En la mía. Papá todavía no ha devuelto las películas que alquilamos el otro día. —Estiró los brazos en alto, alegre por el cambio de rumbo que acababa de tomar la noche—. Pero quedémonos un poco más, que es el cumpleaños de Luke, aunque me apuesto lo que sea a que si nos fuésemos ni se daría cuenta.

—Seguro. —Jason se encogió de hombros—. Venga, volvamos dentro.

—Sí, vamos.



# Año 2009

—Mike, pásame el pastel de carne —exigió Rachel con los brazos extendidos.

—Se pide «por favor».

—¡Dámelo! —protestó alzando la voz.

El Señor Robin apartó la mirada del televisor y emitió un sonoro suspiro, al tiempo que centraba su atención en los dos jóvenes que lo acompañaban en la mesa. No estaba seguro de cuándo dejarían de discutir o de intentar fastidiarse el uno al otro, especialmente porque a pesar de ello, ambos eran inseparables; se buscaban constantemente y, después, en cuanto se encontraban, luchaban por sacar a relucir sus diferencias. Si Mike decía tener frío, su hija insistía en que hacía calor (aunque estuviesen a dos grados). Si su hija pretendía ver en la televisión un capítulo de *Friends*, Mike aseguraba estar sumamente interesado en un documental sobre microorganismos marinos.

—Mike, acércale el pastel de carne. Y Rachel, pide las cosas adecuadamente, que no te cuesta nada.

Los dos jóvenes se miraron en silencio. Finalmente, ella emitió un bufido y apoyó un codo en la mesa con desgana. Sonrió falsamente.

—¿Me puedes pasar el pastel de carne, «por favor»? —preguntó, pronunciando las dos últimas palabras con cierto retintín.

—Por supuesto, pecosa. —Mike se inclinó para darle el plato—. Que aproveche.

Rachel se giró bruscamente hacia su padre, que volvía a centrar la mirada en la pantalla, atento a las noticias.

—¿Lo has oído? ¡No deja de llamarme pecosa!

—¡Basta ya! —El Señor Robin les dedicó una mirada asesina—. ¡Dejad de pelearos! ¡Nadie diría que tenéis diecisiete años! ¿En qué demonios se supone que estáis pensando?

Mike bajó el mentón y se centró en su plato de comida. Terminó de devorar el pastel de carne en silencio y, en cuanto hubo rebanado los res-

tos de salsa, fue a la cocina y depositó en la pila el plato y los cubiertos sucios. Cuando notó que algo le rozaba la espalda, se giró. Era Rachel. Ignoró el cosquilleo que sintió.

—Aparta, necesito coger un vaso —pidió ella, todavía manteniendo el ceño fruncido e indicándole con el brazo que se desplazase a un lado.

Mike sonrió, pero no se movió. Permaneció de espaldas a la pila y al mueble donde se guardaban los utensilios de cocina.

—Apártame tú —sonrió travieso.

Rachel refunfuñó por lo bajo.

—Empiezo a tener dudas sobre acompañarte a ver ese dichoso partido de béisbol.

—No mientas. Lo estás deseando.

Él sintió una extraña satisfacción al ver que ella se sonrojaba. Era una de las pocas veces que saldrían los dos solos a hacer algo, algo concreto, como una especie de cita. No había sido premeditado. El señor Robin le había regalado a Mike esas dos entradas la semana anterior, por su cumpleaños, y no había nadie más con quien desease compartirlas.

Cuando Rachel intentó apartarlo de nuevo para coger el vaso, él la sujetó por la cintura y la retuvo suavemente frente a él.

—Pero ¿qué demonios haces?

Rachel se estremeció entre sus brazos. No estaba acostumbrada a que Mike la tocase así. De hecho, no estaba acostumbrada a que Mike la tocase de ningún modo. Mientras que Luke o Jason la abrazaban a menudo o se entretenían a veces jugando con su cabello, enrollando los mechones con los dedos, con Mike siempre había existido esa distancia, esa barrera que ninguno de los dos había intentado romper. Ni un roce. Nada más allá de acariciarse sutilmente con la mirada.

Él se mostró dubitativo durante unos segundos, todavía sin soltarla. Sabía que debía alejarla de él, que no podía estar con ella de esa forma... Se lo había prometido a sí mismo hacía años, pero esa promesa se quebraba poco a poco y cada vez le resultaba más difícil intentar cumplirla.

Ella era su debilidad. Esos ojos ambarinos y curiosos, y la graciosa nariz repleta de pecas que Mike solía contar en silencio. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis..., podía hacerlo durante horas y conocía cada una de las diminutas marcas que bañaban su piel. Era su secreto. A falta de las pecas de su rostro, se conformaba con volver a contar estrellas, pero si podía elegir..., si podía elegir, siempre la prefería a ella.

Sin embargo, últimamente tendía a perder la concentración en cuanto sus ojos abandonaban aquellas pálidas mejillas y descendían hasta los labios de la joven. Unos labios gruesos que imitaban la forma de un corazón y provocaban que el suyo se acelerase. Un acelerón brusco, de esos que dejan sin respiración.

Mike la retuvo frente a él con más firmeza y su mirada plateada quedó suspendida sobre esos tentadores labios. Alzó lentamente la vista hasta encontrar sus ojos. Muy lentamente. Como si la estuviese viendo por primera vez en mucho tiempo. Vaciló antes de hablar:

—Ven conmigo a ese... ese estúpido baile de primavera... —Frunció el ceño; se sentía un poco ridículo—. Ya sabes, esa cosa que se celebra en el instituto y a la que hay que ir en pareja... Quiero que seas tú.

Después, aún nervioso, la impulsó más hacia él. Deslizó las manos desde su cintura hasta las caderas, palpando las curvas de su cuerpo a través de la ropa. Quería besarla. Iba a besarla.

—No puedo, Mike. —Ella tomó una bocanada de aire—. Le dije a Jason que iría con él porque... bueno, porque ninguno de los dos tenía pareja. Creí que se lo habrías pedido a alguien. El baile es pasado mañana —le recordó.

¿Por qué había tenido que esperar hasta el último momento para hacerle la pregunta con la que ella llevaba semanas soñando?

Mike la soltó de golpe y se movió hacia un lado, alejándose.

—Genial. Lo entiendo. De verdad que sí. —El corazón parecía golpearle las costillas mientras intentaba esbozar una sonrisa—. Seguro que lo pasaréis bien. —Caminó hacia la puerta y se giró una última vez hacia ella—. Y, a propósito, no hace falta que me acompañes al partido. Le pediré a Luke que venga.

Rachel quiso decir algo, cualquier cosa que lograra apaciguarlo, pero lo conocía lo suficientemente bien como para percibir su enfado y cuando Mike se enfadaba se encerraba en sí mismo, y ella nunca sabía cómo romper la coraza con la que se protegía de todo y de todos.

El Señor Robin apartó la mirada del televisor cuando advirtió el andar apresurado de Mike. Se levantó del sillón apoyando ambas manos en los mullidos brazos y carraspeó antes de hablar.

—¿Ya te marchas?

Mike casi se sorprendió al verlo allí; estaba tan perdido en sus propios pensamientos que ni siquiera recordaba que había otra persona en la casa. Asintió con la cabeza como toda respuesta.

—¿Estás bien?

Robin se acercó hasta él y sostuvo con una mano la puerta de la calle entreabierta mientras lo miraba con atención. Siempre lo hacía. Lo observaba desde todos los ángulos, como si esperase encontrar respuestas, la solución a todos sus problemas, ese algo inesperado que lograrse salvarlo. Lo miraba, en realidad, como lo hubiese mirado un padre, hurgando en sus secretos e intentando vislumbrar más allá de la superficie.

—Sí, como siempre. Genial. —Se encogió de hombros con fingida despreocupación—. Te traeré mañana el disco de Queen que me llevé la semana pasada.

—No importa, ¡quédatelo! —Robin le revolvió el cabello con la mano—. Y si te ocurre algo, sea lo que sea, aquí me tienes.

Mike parpadeó más de lo normal.

—No me pasa nada —replicó con más dureza de lo que pretendía—. Será mejor que me vaya ya. Nos vemos mañana. Y te traeré ese disco —insistió, caminando hacia atrás por el sendero de la entrada—, sé que estás enamorado de Freddy —bromeó.

# Año 2010

Rachel se acomodó entre los cojines del sofá mientras presionaba con insistencia el botón de «siguiente» del mando a distancia, tratando de encontrar algún programa decente que amenizase aquel aburrido jueves. Su padre acababa de marcharse a la ciudad, donde trabajaba como vigilante nocturno en un edificio de oficinas, después de haber cenado juntos una pizza.

Estaba palmeándose el estómago con gesto ausente, cuando llamaron al timbre. Algo sorprendida, dado que ya había anochecido, se puso en pie y se calzó las zapatillas.

En cuanto abrió la puerta, emitió un gemido ahogado al encontrarse con el rostro magullado y ensangrentado de Mike.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios! Mike, ¿estás bien? —Se hizo a un lado para dejarlo pasar—. Mike, ¡di algo, por favor!

Él dio un paso al frente con la mirada clavada en el suelo de madera. La puerta se cerró a su espalda con un golpe seco que retumbó en el silencio de la noche. Todavía sin mirarla, extendió los brazos buscando el calor de su cuerpo y la estrechó con desesperación contra su pecho.

—Estoy bien —le susurró al oído—. Tranquila...

Se hubiese quedado así para siempre; pegado a ella, unidos en cierto modo, sin decir nada, sin más preguntas ni más respuestas. Solo silencio... y la calidez y el agradable aroma a frambuesas que Rachel emanaba.

Suspiró hondo cuando ella se apartó para evaluar su rostro con atención. Y de inmediato sintió el peso de la culpabilidad al ver que se enjugaba una lágrima con el dorso de la mano. No tendría que haber ido allí. Justo ahora.

—Siento haber venido...

—Mike, ¡deja de decir tonterías! Ven, tumbate en el sofá. —Cogió su brazo y lo acompañó hasta el comedor—. Quédate aquí, ¿de acuerdo? Voy a por algunas cosas para curarte. No te muevas.

—No me muevo.

Regresó del baño llevando un cuenco con agua, gasas, desinfectante y un antiséptico. Tras dejar todos aquellos utensilios sobre la mesita, se sentó junto a él en el sofá. Temblaba cuando se inclinó sobre su rostro para inspeccionarlo.

Tenía un corte en el labio inferior y la sangre, ya seca, formaba un reguero rojizo que se perdía bajo su barbilla. Por lo demás, se entreveían algunos rasguños superficiales en la mejilla derecha y la piel que cubría el pómulo izquierdo empezaba a mostrar un color amarillento.

—¿Cómo puede hacerte esto? —preguntó.

Él no respondió. Rachel sintió las lágrimas agolparse de nuevo en las los párpados y su mirada se tornó borrosa. Respiró hondo, tratando de contener la angustia.

—No te preocupes. —Pasó la mano por su frente con ternura, apartándole el cabello castaño hacia atrás. Mike se estremeció ante el contacto—. Yo cuidaré de ti.

Después, todavía trémula, se apresuró a coger el trapo, meterlo en el cuenco y escurrir el agua sobrante. Lo deslizó con cuidado por su barbilla, las mejillas, los labios... Limpió todas las heridas; las que podían verse y las que Mike se callaba. Cuando terminó, aplicó el desinfectante y antes de coger el antiséptico, rompió aquel prolongado silencio.

—¿Qué ha pasado?

Él rehuía su mirada. Odiaba mentirle, y esa noche tenía que hacerlo.

—Lo de siempre.

—¿Y qué es exactamente «lo de siempre»? —Presionó la herida de la mejilla con un algodón y él gruñó, molesto por el escozor—. ¿Por qué tienes que defenderla? ¡Ella quiere seguir con ese monstruo, es su decisión! —exclamó consternada—. ¿Por qué dejas que te hagan esto? ¡Jim ni siquiera es tu padre...! ¡No deberías...! ¡No tienes que aguantarlo más! —gritó, e hizo una pausa para inspirar hondo porque le faltaba el aire y su voz sonaba entrecortada.

Mike se concentró en el gesto enfadado de Rachel, no sabía qué decir.

Hubiese podido denunciar a su padrastro un millón de veces, pero sabía que, si lo hacía, su madre le daría la espalda. No quería estar solo, más solo. Cuando era un crío, había albergado la esperanza de que, en caso de que ella tuviese que escoger entre uno de los dos, lo habría elegido a él. Ahora, ese pensamiento era solo una ridícula utopía. Ya no se enga-

ñaba a sí mismo. Su madre aseguraba querer a ese hombre. Incluso cuando la pegaba y la vejaba con insultos, incluso cuando regresaba a casa oliendo a una desagradable mezcla de alcohol y tabaco, o incluso cuando (por suerte) desaparecía durante varios meses sin previo aviso y acababa regresando e irrumpiendo de nuevo en sus vidas.

A Mike le daba igual que ella no quisiera que la defendiese. Era incapaz de quedarse de brazos cruzados. Sabía que cada vez que se enfrentaba a Jim, ambos salían mal parados, pero no podía evitarlo. Ese era su papel dentro de aquel caos en el que había crecido. Y ahora, ahora todo se había descontrolado demasiado...

Después de la pelea de aquella noche y de lo que Mike estaba obligado a hacer, ya nada volvería a ser igual. Ni siquiera él. Sabía que una parte de sí mismo se rompería para siempre, pero no tenía otra opción. No la tenía.

—Mike, ¿por qué no puedes responderme? Dime algo. Lo que sea... —suplicó.

—Es mi madre —contestó.

Apartó la mirada de ella cuando vio la decepción en sus ojos castaños. Eso era peor que un par de puñetazos. Le hubiese gustado poder ofrecerle un argumento elaborado y lógico, pero ya le había mentido demasiado. Esa era la auténtica razón. Aunque a veces le costaba reconocerla como tal, ella seguía siendo su madre y él le debía lealtad; tenía que cuidarla. ¿Quién lo haría si no? Él la quería. De algún modo retorcido e incomprensible, la quería. Era su única familia.

—¿Vas a defenderla siempre? ¡Tú ya has sufrido demasiado por culpa de sus malas decisiones! Y lo peor es que ella no quiere una vida diferente ni remediar la situación, ¿no te das cuenta, Mike?

Rachel tiró de mala gana el algodón sobre la mesa auxiliar del comedor, donde estaban los demás utensilios, y sollozó antes de esconder el rostro entre sus manos. Él se incorporó en el sofá, sintiéndose más culpable que nunca. La abrazó, preguntándose por qué no lo había hecho antes, por qué no la había abrazado cada día... Descansó la barbilla sobre el tembloroso hombro de la joven y le acarició el cabello y la espalda con la mano que tenía libre.

—No llores, Rachel, por favor. —La retenía con tanta fuerza que aflojó por temor a hacerle daño—. Lamento... no sabes cuánto lamento que no puedas entenderlo, pero necesito que estés a mi lado —suplicó—. Algún día todo esto quedará atrás. Si tú me das la espalda, no sé cómo podría...

—Sabes que siempre estaré para ti —lo cortó—. Incluso aunque no te entienda. No importa. Supongo que puedo entender que a veces no consiga entenderte.

Mike curvó las comisuras de sus labios al tiempo que hundía una mano en el cabello pelirrojo de Rachel, sujetando su nuca con delicadeza.

—Solo me he quedado con lo de que siempre estarás para mí —se burló—, pero con eso me es más que suficiente.

Ella sorbió por la nariz, sin ser consciente de que en aquel mismo instante Mike se concentraba en contar las pecas de su nariz. Una a una. Tranquilizándose.

—Pecosa, ¿nunca te he dicho que eres preciosa? —Rachel tomó aire cuando sus miradas se enredaron y negó lentamente con la cabeza—. Pues debería haberlo hecho. Eres preciosa, Rachel —repitió.

Él dejó de sonreír y deslizó los dedos por la palma de su mano; la mantuvo abierta sobre la suya y recorrió con la yema del índice las líneas que surcaban aquella superficie aterciopelada. Quería meterse bajo su piel. Esa mano era tan perfecta, tan pequeña y delicada...

—¿Qué estás haciendo?

—No lo sé. Te toco. —Ascendió por el mentón y las mejillas, despacio, disfrutando del recorrido, como si estuviese dibujándola con los dedos en su memoria. Limpió las lágrimas que todavía brillaban sobre su piel, eliminando aquel rastro de dolor—. Y creo que voy a besarte.

—Mike...

—¿Te apartarás si lo hago?

—Tendrás que arriesgarte.

Lo hizo. Arriesgó.

Fue un beso tierno, húmedo, lento. Mike atrapó aquellos labios entre los suyos y mordisqueó con cuidado la piel suave y deliciosa mientras Rachel gemía en su boca.

Estaba perdiendo el control. Tenía la certeza de que aquello no era lo correcto; no para ella, al menos, pero la deseaba más que nada en el mundo. Y, por eso mismo, temía arrastrarla a su infierno. Ella merecía algo mejor, más estable.

Mike desechó la llamada de su conciencia y profundizó el beso ignorando el intenso dolor que sentía en el labio a causa de la reciente herida, y acunó su rostro con ambas manos, trazando pequeños círculos con el pulgar sobre su mejilla. No quería perderla. Todavía no.



—Espera... —murmulló Rachel.

Ambos respiraban agitados. Él rozó sus labios una última vez, conteniéndose, y se separó de ella despacio, contemplando hipnotizado el rubor que le cubría las mejillas.

—¿Qué ocurre?

—Solo... Solo necesito asimilar... lo que acaba de ocurrir.

—Emitió una risa dulce y Mike sonrió travieso y se inclinó sobre ella hasta que ambos estuvieron tumbados sobre el sofá. La miró desde arriba y le apartó con la mano el cabello suelto, despejando su rostro.

—De acuerdo. Puedes ir asimilándolo mientras sigo besándote, ¿no?

Deslizó la boca por su cuello y dejó un reguero de besos que desembo-caba en la barbilla de la joven y se desviaba después por el pómulo, la punta de la nariz y sus labios entreabiertos.

Rachel cerró los ojos, todavía aturdida. Era como estar flotando a muchos, muchos metros de altura. Sentía vértigo. Las manos de Mike se movían por su cuerpo con soltura y cierta familiaridad, como si conociese de antemano cada tramo de su piel.

Ella hundió los dedos en su cabello y le acarició la espalda con la otra mano. Cuando pensaba que era imposible estremecerse más, Mike inventaba nuevas caricias, nuevos besos y nuevas palabras que le susurraba al oído. Deseando tocarlo, deslizó la camiseta por su torso y se la quitó. Se miraron en silencio. No huyó de aquellos ojos grises al despojarse también de la suya; permaneció quieta mientras él devoraba con la vista el sujetador azul oscuro que vestía. Mike inclinó la cabeza y depositó un beso suave en su estómago, al lado del ombligo, que le erizó la piel.

—Estás temblando.

—Estoy nerviosa.

Mike apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo. Tenía el ceño fruncido y una mirada culpable que ella no supo descifrar.

—¿Por qué estás nerviosa?

—Porque sí. Porque eres tú y soy yo. Por eso mismo. Si fueses cualquier otra persona no sentiría nada, no temblaría. Te quiero, Mike. Siempre te he querido. Lo sabes.

Él tragó saliva con cierta dificultad. Temía mover un solo dedo más, tocarla de nuevo, no poder escapar de aquellas palabras. Escondió la cabeza en el hueco del hombro de Rachel, la pegó a su cuerpo y la retuvo con

desesperación. Piel con piel. Y solo el latir de sus corazones. No supo cuánto tiempo estuvieron en silencio, pero fue una eternidad y, al mismo tiempo, un suspiro. No quería soltarla.

—¿He dicho algo malo? —La voz insegura de Rachel inundó la estancia.

—No, claro que no. —Él la estrechó con más fuerza, clavando la yema de sus dedos en la línea de su cintura—. Solo quiero quedarme así para siempre. Abrazarte. Sentirte. Solo eso.

No hubo más besos. Rachel se entretuvo acariciando el cabello de Mike y él continuó con el rostro escondido en su cuello; cada vez que ella notaba su aliento cálido soplando contra su piel, sentía un cosquilleo raro, como si le pellizcasen el corazón.

—¿Vas a quedarte a dormir? —preguntó en un susurro.

—¿Quieres que me quede?

—Sí.

—Entonces lo haré.

—Pero mañana...

—No te preocupes, me iré antes de que llegue Robin.

Mike alzó la cabeza y después se movió para coger del suelo su camiseta y la de Rachel.

—Levanta los brazos —pidió, y cuando ella lo hizo le pasó la prenda de ropa por encima de la cabeza y la bajó suavemente por su cuerpo, rozándole la cintura con los nudillos.

—He hecho algo malo —confirmó la joven, incapaz de apartar la vista de la expresión contrariada de Mike mientras terminaba de vestirse.

—No. Te juro que no. Tú nunca podrías hacer nada malo. —Le sujetó la barbilla con los dedos e hizo un esfuerzo por sonreír—. ¿Sabes por qué me encantan tus pecas?

Se mantuvo callada mientras él se tumbaba de nuevo en el sofá y la acomodaba sobre su pecho. Ella le rodeó el torso con un brazo, cerró los ojos e inspiró hondo.

—¿Por qué?

—Porque son como estrellas sobre el lienzo más bonito del mundo, tu rostro... —confesó—. Cuando era pequeño, antes de que mi padre trabajase en la empresa de transportes, solía volver a casa a las seis y entonces se desataba el infierno. Yo siempre estaba allí, pero nunca entraba dentro. Me quedaba en el jardín, detrás del abeto que talaron hace dos

años, escuchando los gritos, los llantos y... —Tomó aire, no estaba acostumbrado a hablar de aquello con tanta franqueza—. Y contaba lo que fuera, las piedras del jardín, las hojas, las estrellas. Aquello era lo único que me tranquilizaba. Igual que tus pecas. Me calman, las necesito. Te necesito.

Deslizó la mano por el rostro de Rachel, acariciando sus mejillas suaves y se contuvo como nunca antes para no besarla. No volvería a hacerlo. No la besaría. Eso sería injusto y egoísta. No quería arrastrarla hacia la abrumadora oscuridad que, tarde o temprano, lo atraparía. Estaba destinado a ello.

En cuanto despertó, Rachel notó la ausencia del cuerpo de Mike. Si no hubiese sido porque todavía olía a él, a aquel aroma a jabón mentolado y fresco, hubiese pensado que todo había sido un sueño.

—Te he preparado el desayuno, cariño. —Su padre apareció en el umbral del comedor y le tendió una taza de café con leche antes de depositar sobre la mesita de cristal el plato que llevaba en la otra mano. Ella le sonrió, todavía rememorando la noche pasada—. Tortitas. Muy hechas, como a ti te gustan.

—No era necesario. Gracias, papá.

—¿Desde cuándo las tortitas son algo innecesario, hija? —rio y se sentó en el silloncito que había enfrente, también con una taza de café en las manos—. Te quedaste dormida en el sofá —bostezó—. Hacías lo mismo cuando eras pequeña, ¿recuerdas? No había forma de que conciliases el sueño en la cama.

Rachel le dio un sorbo a su desayuno, deleitándose con el delicioso aroma y el sabor algo amargo del café recién hecho. Asintió con la cabeza, distraída. Distraída porque no dejaba de pensar en sus ojos claros, en sus labios, en el tacto algo áspero de sus manos y el modo en que la había mirado, como si fuese lo más valioso para él en ese instante.

Suspiró y se giró hacia su padre, que la miraba como si ella fuese transparente y él pudiese ver todos los secretos que escondía. Ignoró el calor que se apoderó de sus mejillas y contempló las marcadas ojeras que destacaban bajo sus ojos verdosos. ¿Cuándo habían empezado a aparecer las primeras canas en su cabello castaño y esas arruguitas cerca de las sienas...?

—Deberías acostarte ya —le aconsejó—. ¿Cuándo van a cambiarte el turno de noche? No es justo que siempre te toque a ti.

—¡Si todo en esta vida tuviese que ser justo...! —emitió una risita vi-varacha. Así era su padre, conformista y desenfadado, sabía amoldarse a los diferentes escenarios que la vida iba colocando frente a él—. No te preocupes por mí. —Se frotó el mentón—. ¿Qué tienes pensado hacer hoy? ¿Has quedado con los chicos?

—Sí, tenemos que cuadrar los horarios de la universidad, los míos no coinciden con los de Jason y Mike. Y Luke va por libre, tiene tantos partidos y entrenamientos que será casi como si estuviese en otra ciudad. No creo que podamos verlo mucho...

Permaneció pensativa durante unos instantes, contemplando los rayos de sol que parecían resbalar por el ventanal del comedor. Ahora que todos iban a ir a la universidad temía que las cosas entre ellos cambiasen.

Jason, Mike y Luke estudiarían Publicidad y Marketing. El único que sabía desde hacía tiempo qué quería hacer era Jason. Mike nunca tuvo claro a qué deseaba dedicarse, así que siguió los pasos de su amigo, lo que no era un mal plan porque, a pesar de no ser muy constante y metódico, tenía buenas ideas y podía ser muy creativo sin ni siquiera proponérselo. Y a Luke no le importaba demasiado qué estudiar con tal de poder jugar al fútbol. Todavía era pronto para saberlo, pero le habían dado una beca deportiva y apuntaba maneras para convertirse en una promesa más pronto que tarde.

¿Y ella? Bueno, ella siempre supo que su futuro estaba lleno de palabras y páginas garabateadas. Cualquier trabajo relacionado con eso le resultaba atrayente, así que había conseguido que la admitiesen en la misma universidad que los chicos para cursar literatura, aunque estaría en un campus diferente. Por eso llevaba días intentando cuadrar sus horarios para que pudiesen coincidir y verse durante los ratos libres. No concebía cómo podría ser su vida sin esos tres chicos a su alrededor. Había crecido con ellos. Era quien era por ellos.

—Será mejor que me vaya ya a la cama. —Su padre se levantó del sillón y, antes de marcharse, le dio un cariñoso beso en la frente.

—Descansa, papá.

Nadie volvió a ver a Mike durante los siguientes dos días.

Fue como si se hubiese desvanecido de la noche a la mañana. Le llamaron, lo buscaron, preguntaron a otros amigos del instituto...

Nada. Ni rastro.

Rachel no podía apartar de su cabeza el estado en que se encontraba la noche del jueves, ¿le habría hecho algo su padrastro?

Se había acercado a su casa un montón de veces, pero no se había atrevido a volver a cruzar la verja... ¿y si en realidad se había ido por algo de lo que había sucedido con ella? Jason y Luke estaban preocupados, pero no les dijo nada de lo que había pasado entre ellos. Y aunque estaba segura de que Jason imaginaba algo, porque era increíblemente intuitivo, no se sintió con fuerzas para contarle los detalles. Que la había besado. Que se había quedado a dormir a su lado. Y que después había desaparecido del mapa. ¿Era por ella? ¿Se había ido por eso? No conseguía encajar las piezas del rompecabezas. Mike jamás se había ausentado así sin más, y mucho menos sin decírselo a alguno de los tres. Se sentía desencantada. Pero luego... Luego recordaba que era él. Y todo lo demás dejaba de preocuparla. Porque Mike nunca le haría daño, nunca.

No podía ser por ella, tenía que haberle pasado algo. Algo grave que explicase que no pudiese contactar con ellos. Tenía que hablar con los chicos y tenían que ir a su casa a pesar de todas las prohibiciones.

El sábado por la noche iba a llamar a Jason cuando este se le adelantó y le contó que Luke acababa de ver a Mike en una fiesta de la urbanización.

—Dice que está raro —añadió—. Que no parece el mismo.

—¿Qué quieres decir? —Rachel empezó a vestirse de inmediato, todavía con el teléfono apoyado sobre el hombro derecho.

—No lo sé.

—¿Y dónde dices que es esa fiesta?

—En casa de Jack. El del equipo de Luke, el defensa derecho —aclaró. Quedaba a solo tres manzanas de su casa—. ¿Seguro que estás bien? ¿Sabes algo que yo no sepa? Si ha ocurrido algo con Mike puedes contármelo.

—Hablares después, pero no te preocupes.

Intentó parecer calmada. Estaba segura de que había una explicación. Mike se la daría, le detallaría punto por punto por qué se había esfumado y después la abrazaría y le susurraría que todo iba a ir bien. Eso, o bien algo había pasado con Jim. Rachel tuvo un mal presentimiento al volver a

recordar las heridas de su rostro cuando irrumpió en su casa dos noches atrás.

—De todas formas —Jason no parecía convencido—, me acercaré a esa fiesta en... una hora, más o menos. Antes tengo que terminar de hacer un par de cosas. ¿Quieres esperarte y te recojo de camino?

—No. Iré primero —contestó decidida—. Nos vemos allí.

—Claro. Nos vemos.

Colgó el teléfono y emitió un suspiro cargado de preocupación antes de regresar al comedor. Rodeó el sillón donde su padre estaba sentado, viendo un concierto en diferido de David Bowie. Sonrió con ternura y le dio un beso en la mejilla.

—Tengo que salir, papá. No creo que llegue tarde.

Robin apartó la mirada de la pantalla y la centró en su hija.

—Está bien. Ve con cuidado.

La casa de Jack estaba repleta de estudiantes que gritaban y bailaban emocionados, probablemente celebrando que en un par de semanas muchos de ellos estarían en la universidad, disfrutando de un nuevo comienzo.

Rachel atravesó el interior de la vivienda, parando a menudo para saludar a los conocidos que encontraba a su paso. Tardó un buen rato en conseguir salir al jardín trasero. Respiró hondo, aliviada por el aire fresco de la noche, mientras observaba en derredor intentando encontrar a Luke... o a Mike.

Esquivó a varias personas y avanzó sobre el césped. En medio del jardín había una piscina llena de gente. Se quedó absorta viendo cómo una pareja se lanzaba agua entre risas, y después regresó al interior y tropezó con Stuart, el chico con quien solía sentarse en clase de biología.

—¿Quieres algo de beber?

—No. Estoy buscando a Mike, ¿lo has visto?

Había un grupito de chicas que reían sentadas sobre la mesa de la cocina con unos cubatas en la mano.

—Creo que lo he visto subir al piso de arriba hace un rato —comentó como de pasada—. ¿Seguro que no te apetece nada? El hermano mayor de Jack ha comprado un arsenal de bebidas.

—De verdad que no, pero gracias, Stuart.

Se despidió con la mano y subió de dos en dos los escalones hasta la planta superior. Se encontró a un par de jóvenes hablando en el pasillo. No los conocía, así que los ignoró y pasó por su lado en silencio. Avanzó

unos cuantos pasos hasta que escuchó una voz femenina que provenía de la habitación más cercana. La acompañaba otra voz. Una que era mucho más ronca, más grave, más familiar.

La puerta estaba entornada, pero el hueco abierto era lo bastante grande como para observar la estancia completa. Aunque quería huir de esa voz, Rachel dio un paso adelante. Y entonces lo vio. Los vio.

Sintió un vuelco en el estómago cuando se encontró con esos ojos que tan bien conocía. Mike la miró fijamente, imperturbable, como si estuviese vacío por dentro, como si fuese una persona distinta con el mismo envoltorio. Él estaba de cara a la puerta donde ella permanecía inmóvil, sentado en el borde de una cama. Había una chica sobre sus piernas, a horcajadas, y no dejaba de reír. Rachel solo podía ver su espalda; estaba desnuda de cintura para arriba, y mientras ella besaba su cuello, él la sujetaba con una mano, clavando los dedos en la piel morena de la desconocida.

Hizo falta que los labios de esa chica atrapasen los de Mike y él devorase su boca sin vacilar, para que Rachel reaccionase al fin y diese media vuelta.

Bajó las escaleras a trompicones. Nunca había sido tan consciente de sus propias palpitaciones; las oía en el pecho, en los oídos, en todo su cuerpo. Salió de aquella casa. Estaba tiritando. Se ahogaba. Era como si pudiese percibir cómo su corazón se rompía literalmente en pedacitos tan pequeños que iba a resultar imposible buscarlos y unirlos de nuevo entre sí...

Corrió por las calles de la urbanización agradeciendo el viento frío de la noche y el dolor en las piernas. Le faltaba el aire y le picaba la garganta. Hubiese corrido hasta agotarse, pero al vislumbrar el umbral de su casa se acercó a la puerta y apoyó las manos sobre las rodillas. Todavía intentaba recuperar el aliento cuando alzó la mirada hacia el cielo lóbrego y negro. No había ni una sola estrella, tan solo un vacío aplastante y triste. Pero era mejor así. Era mejor la nada que las dichosas y estúpidas estrellas de Mike.

Tenía que calmarse si no quería que su padre la viese en aquel estado tan lamentable. Recostó la espalda contra el muro de la fachada y reprimió un sollozo tapándose la boca con una mano. No podía ser real. Era incapaz de creer que la hubiese traicionado así la única persona por la que lo hubiese apostado todo.

Se secó las lágrimas con rabia y se prometió a sí misma que no lloraría más. «No vas a llorar. No vas a hacerlo», repitió mentalmente. Después, despacio e intentando no hacer ruido, metió la llave en la cerradura de la puerta y entró en casa.

Todo habría estado sumido en la oscuridad si no fuese por la lamparita del comedor que su padre debía de haber olvidado apagar y que emitía una cálida luz anaranjada. Rachel depositó las llaves en el pequeño cesto de mimbre que había sobre la mesa del recibidor y avanzó hacia el comedor caminando de puntillas. Estaba a punto de presionar el interruptor de la lámpara cuando advirtió que su padre se había quedado dormido en el sillón.

Reprimió las ganas de llorar un poco más y se acercó a él.

—Papá, despierta —susurró con suavidad—. Vamos, en la habitación descansarás mejor —insistió.

Esperó pacientemente unos instantes. Cuando posó su mano sobre la suya, que descansaba en el brazo del sillón, se le erizó el vello de la nuca. Su padre, que siempre desprendía calidez, tenía las manos frías.

—¿Papá? Papá, estás... ¿Estás bien? —Lo sacudió con fuerza, al tiempo que sentía su corazón encogerse en un puño—. ¿Qué te ocurre...? ¡Despierta, papá! ¡Por favor! —Continuó zarandeándolo por el brazo—. ¡Oh Dios! Oh, Dios mío. ¡Abre los ojos, por favor!

Aterrorizada, cuando comprendió que nada de lo que estaba haciendo daba resultado, corrió hasta la cocina, donde apenas una hora antes había dejado el teléfono tras hablar con Jason y, con dedos temblorosos, logró marcar el número de los servicios de emergencia.

—¿En qué puedo ayudarla? —respondió una voz al otro lado de la línea.

Rachel tragó saliva bruscamente, intentando deshacer el nudo que le impedía hablar. Sentía la bilis ascender por su garganta y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las náuseas. No dejaba de temblar.

—Es una emergencia. Mi padre... mi padre no responde. Está inconsciente —logró decir—. Es el 5th de Farstown. ¡Por favor, dense prisa! ¡Es urgente!



*Cinco años después*



# I

Solo se escuchaba el suave susurro de los dedos golpeando contra el teclado del ordenador. Ya casi había anochecido. El resplandor de la luna se filtraba por la ventana de la cocina confiriéndole a la estancia un aura de misterio que en realidad no poseía. Cuando el móvil comenzó a vibrar sobre la mesa, Rachel dio un respingo.

—Joder —masculló llevándose una mano al pecho antes de alcanzar el teléfono y descolgar la llamada—. ¿Diga?

—Sam ha muerto.

Rachel se quedó congelada con el aparato pegado a la oreja. Era la tercera esposa de su casero y se llamaba Rita Edwards. Aunque llevaba viviendo en aquel piso casi tres años, solo había visto a la mujer en contadas ocasiones. Era menuda, tenía el pelo tintado de un tono tan rubio que parecía casi blanquecino y solía pronunciar mal la letra ele, como si tuviese restos de comida en el paladar y fuese incapaz de mover adecuadamente la lengua.

—¿Puede... puede repetir lo que acaba de decir? —titubeó.

Escuchó a Rita suspirar sonoramente.

—Mi marido, Sam Edwards, está ahora en un lugar mejor. En el cementerio. El funeral fue ayer; compramos peonías blancas y rosas, y todo estaba precioso. Tendrías que haberlo visto —detalló, aunque por el tono neutro de su voz hubiese sido difícil saber si hablaba de una boda o de un entierro.

Rachel frunció el ceño, disgustada por la suerte de Sam. Apenas lo conocía, pero le había dejado el apartamento a buen precio cuando decidió dejar atrás la costa oeste de Washington y regresar de nuevo a San Francisco. De vez en cuando se pasaba por allí si había algún desperfecto y siempre se mostraba sonriente y tranquilo, como si no tuviese ninguna prisa por nada en particular.

—¿Sigues ahí? ¿Rachel? —gritó Rita.

—Sí, sí, perdone. Así que Sam... —Se mordisqueó la cara interna de la mejilla—. Lo lamento muchísimo, de verdad. Es una noticia terrible.

—Vas a tener que abandonar el apartamento, Rachel —declaró la mujer sin sutilezas ni adornos innecesarios. Clara y concisa. Directa al grano—. Sé que la noticia te pillaré por sorpresa, pero tras la muerte del bueno de Sam, necesito dinero en efectivo.

—¡Pero si siempre pago mis facturas!

—Lo sé, cielo, pero eso no es suficiente —prosiguió Rita, implacable—. Necesito venderlo. Dime, ¿cuántos días crees que tardarás en mudarte? Deberíamos acordar un plazo. Eso es lo que suele hacerse en estas situaciones.

—Yo... no lo sé... —Aturullada, se apartó con agobio algunos mechones de pelo que se escurrían por su rostro. No estaba preparada para hacer frente a aquello, así, de golpe, justo cuando por fin parecía que encontraba una estabilidad—. ¿Cuánto dinero pide por el apartamento?

El mero hecho de preguntarlo fue una estupidez. Mucho. Pedía mucho. Rachel no entendía cómo alguien podía llegar a pagar tanto por unos cuantos metros cuadrados y unas paredes finas como el papel que podían considerarse casi una reliquia.

Bajó la mirada al suelo y la clavó en *Mantequilla*, el gato con el que compartía aquel piso que pronto dejaría de llamar hogar. Suspiró hondo mientras el felino se paseaba entre sus piernas, exigiendo más comida a pesar de su incipiente sobrepeso.

—Quizá si esperase algunos meses... —Se oyó decir, aunque por el tono de su voz no parecía demasiado convencida—. Tendría que pensármelo...

No le faltaba demasiado para terminar la novela que tenía entre manos y su editora le había asegurado que le conseguiría un buen adelanto, después de que la primera y la segunda parte de la saga hubiesen funcionado medianamente bien. Además, tenía algo ahorrado, aunque era poco.

Necesitaba tiempo.

Antes de que pudiese decir algo más, Rita se adelantó y aplastó toda esperanza.

—Lo lamento, Rachel, pero ya tengo el apartamento más o menos apalabrado. Tengo deudas que pagar ahora que Sam ya no está, así que durante el funeral les prometí a unos primos lejanos que en quince días es-

taría libre para que pudiesen echarle un vistazo —explicó—. Si no les interesase podría avisarte...

—Ya, lo entiendo. Gracias, pero no. —Reculó—. Seguro que puedo encontrar algo durante estos días. No se preocupe.

—Sé que lo harás.

—Sí, bueno, tengo que colgar —farfulló de mala gana y luego se obligó a suavizar el tono—. Y, de nuevo, siento lo de Sam.

Lanzó el teléfono sobre la repisa de la cocina en cuanto Rita Edwards se despidió. Los ojos de *Mantequilla* se alzaron con curiosidad hacia el lugar donde se había producido el ruido, y cuando dedujo que no había ocurrido nada digno de su interés, prosiguió lamiéndose la pata con total despreocupación, ajeno al desastre que se avecinaba para ambos.

—Estamos jodidos —Anunció Rachel, como si el animal fuese a entenderla.

Estuvo un buen rato parlotando sola, maldiciendo y quejándose al tiempo que recorría la cocina de punta a punta, con una mano en la frente. Cuando liberó un poco de tensión, cerró la ventana con un golpe seco, sacó el tarro de crema de cacahuete y cogió una cucharilla pequeña de café. Se sentó nuevamente en la mesa y clavó la mirada en la pantalla del ordenador, relejendo lo que había escrito aquella tarde mientras engullía una cucharada tras otra.

Había empezado a escribir poco después de regresar a Washington bajo el cobijo de tía Glenda. La mujer todavía vivía en la casa que había sido de sus abuelos. No se había casado nunca, aunque, una noche de confesiones, le contó que había estado prometida con un apuesto soldado que juró que volvería, pero nunca lo hizo. Glenda era una mujer oronda que vivía gracias a una subvención del estado y que pasaba la mayor parte del tiempo viendo la televisión o alimentando a los gatos del puerto. A Rachel le agradaba que fuese callada y que le dejase su espacio. El único aspecto de ella que la sacaba de quicio era su afición por hojear una y otra vez los álbumes familiares de fotografías. Sentía cómo una parte de sí misma se iba rompiendo más y más conforme señalaba las fotografías de sus padres, todavía jóvenes y sonrientes, de ella cuando era pequeña, o de los abuelos y los primos, y murmuraba lo guapos que eran todos y el precioso color de cabello que su hermana había lucido siempre y lo triste que era

que aquel conductor ebrio hubiese arrollado con un camión su pequeño e indefenso coche, convirtiéndolo en un amasijo de hierros.

Los recuerdos que Rachel conservaba de su madre eran en realidad los recuerdos de Robin, los detalles, las vivencias y los momentos que él le había relatado con el paso de los años, cada vez que ella preguntaba (que era constantemente, hasta que entró en la adolescencia y dejó de hacerlo, como si todo se resumiese al «aquí y ahora»).

En el fondo, a quien ella echaba de menos era a su padre. Lo echaba tanto, tanto de menos, que prefería ignorarlo, fingir que había perdido la memoria de cualquier cosa concerniente a él y evitar tropezarse con fotografías o detalles que despertasen el recuerdo. Y había cientos, miles de diminutas cositas que nunca antes había tenido en cuenta y que conseguían evocarlos. El olor a caldo, por ejemplo. El tubo de la pasta de dientes mal cerrado (le rogó a Glenda que tuviese cuidado con eso), las tortitas, los programas de humor negro con risas enlatadas, cada vez que sonaba una de sus canciones preferidas de rock... Con el tiempo, sin embargo, había aprendido a no prestar atención a ese tipo de cosas. Estuvo un par de meses viviendo en aquel rincón de Seattle sin hacer nada en concreto hasta que consiguió un trabajo en la gasolinera del pueblo para el turno de noche. Le gustaba. No se parecía en nada a lo que había pensado que sería su vida, evidentemente, pero era tranquilo, fácil, y durante la madrugada los clientes aparecían a cuentagotas.

Se entretenía leyendo durante todas aquellas horas muertas; empezó por los polvorientos libros que encontró en casa de tía Glenda y siguió por los de la biblioteca. A veces, entre lectura y lectura, imaginaba sus propias historias y no tardó mucho en comenzar a darles forma sobre el papel. Sus escritos solían terminar en la papelera o arrugados quién sabe dónde, pero en una ocasión una de esas historias se le presentó tan clara ante sus ojos que empezó a centrarse más en ella, a sentir que los personajes caminaban solos por el mundo y que la trama encajaba y se hacía más y más grande... Hasta que un día se sorprendió al ver que acababa de terminar el esbozo de una novela. Un esqueleto no demasiado bueno, pero que le sirvió para decidir qué quería hacer.

Al principio, todo lo que escribía era agrio, doloroso y triste. Sus palabras destilaban rencor y en sus trazos era imposible encontrar un ápice de positivismo. Volcó sobre el papel lo que no podía expresar de ninguna

otra forma. Aunque, en cierto modo, nunca lo dejó salir completamente; aquellos garabatos se los quedó ella y el dolor también.

Las pocas veces que se permitía ser débil, pensaba en Luke y en Jason y se preguntaba (e intentaba imaginar) qué estarían haciendo en aquellos momentos; si serían felices, si habrían encontrado su lugar en el mundo, si estarían pensando también en ella en ese mismo instante...

El tiempo fue curando las heridas. Sin saber cómo, Rachel estaba preparada para sobrevivir a cualquier adversidad y seguir adelante. Y conforme quedaron atrás meses, años y etapas, las emociones que antes parecían abarcarlo todo se hicieron a un lado, buscando un rincón en el que permanecer rezagadas.

Escribir se convirtió en su pasatiempo favorito. Tampoco es que tuviese nada mejor que hacer en aquel solitario pueblo. Ella se hizo al ambiente y adoptó la soledad del lugar como propia. Era extrañamente agradable saber que su destino solo dependía de sí misma y de nadie más. A menudo daba largos paseos por los alrededores. La zona habitada tenía forma alargada y parecía delinear el borde de la costa, como si desease ejercer de guía para indicarle al inmenso océano Pacífico cuándo debía dejar de avanzar. Todo estaba repleto de frondosos bosques de hayas y abetos, y el rugir furioso de las olas que a ella la calmaba. Era como si el mar le murmurase todos sus secretos.

Dejó de escribir en su diario, como había hecho siempre, pero a cambio empezó a indagar sobre *otros*, sus personajes. Normalmente lo hacía por las tardes y, después, corregía en el trabajo de noche. Se acostumbró tanto a ese horario, que años después aún continuaba esa misma pauta, a pesar de que ya no trabajaba en la gasolinera y ni siquiera seguía viviendo en Washington.

Hacía tres años que había regresado a San Francisco. Después de que tía Glenda tuviese que ser ingresada en una residencia por trastornos degenerativos, se dio cuenta de que no había nada que siguiese atándola a aquel sitio húmedo y frío donde siempre lloviznaba y, cuando pensó a qué lugar podría ir, tan solo aparecieron en su mente paisajes y recuerdos de esa ciudad que de algún modo retorcido echaba de menos; el grandioso Golden Gate, sus casas victorianas de colores, lo divertido que era mezclarse entre los turistas en Fisherman's Wharf o subir a Twin Peaks para disfrutar de las vistas, las noches que los chicos y ella convencían a su padre para que les acercase a Little Italy a probar las mejores pizzas del mundo...

Rita Edwards tuvo la dudosa amabilidad de darle cinco días más de plazo, de modo que en vez de quince fueron veinte. Rachel pensó que era un tiempo prudencial para dar con un apartamento decente a un precio de alquiler similar al que pagaba.

Tardó poco en comprender las dificultades de encontrar algo económico que no tuviese un techo a punto de caerse a pedazos. Casi todos los pisos bonitos, repletos de luz y en zonas agradables, se salían de su presupuesto. La suerte había estado de su parte cuando tropezó de casualidad con el bueno de Sam, años atrás, y ahora el equilibrio del universo estaba haciendo de las suyas.

Visitó un sinfín de apartamentos que en las fotografías de la inmobiliaria parecían aptos. En una de esas ocasiones estuvieron a punto de robarle el bolso antes de que hubiese conseguido entrar en el portal del edificio que el agente inmobiliario pretendía enseñarle. En otra ocasión se encontró con un apartamento cuyas ventanas, por alguna misteriosa razón, estaban tapiadas. Durante aquellos días, saludó a una familia de okupas, discutió con propietarios para intentar ajustar el precio que exigían y tuvo que dejar que sus ojos se enfrentasen a innumerables moquetas con vida propia, papeles de pared con diseños que harían llorar al niño Jesús y escaleras en tal mal estado que muy pronto serían declaradas cómplices de asesinato.

Centrada en la desesperada búsqueda de un apartamento aceptable, apenas tuvo tiempo de escribir ni de responder los correos electrónicos de Emma Sowerd, su editora. Esta sabía hacer bien su trabajo, porque había levantado una pequeña editorial en muy poco tiempo, y le había dado una oportunidad cuando no esperaba nada, así que la apreciaba, pero era especialista en agobiar y meter presión, que era exactamente lo último que necesitaba en esos momentos.

Todavía no había encontrado ningún apartamento y solo faltaban cinco días para que se cumpliese el plazo que Rita le había dado.

Salió a correr mucho más de lo normal. Era algo que hacía varias veces a la semana, pero no recordaba la última vez que había superado su media habitual de diez kilómetros porque, siendo una persona de costumbres, realizaba siempre el mismo recorrido, en el mismo horario y los mismos días. Sin embargo, durante aquellas dos semanas, simplemente trotó sin parar por las empinadas calles de la ciudad sin mirar atrás, sin preocuparse por si se le hacía de noche o por si se alejaba demasiado. La



muerte de Sam y todo lo que implicaba le traía malos recuerdos. La situación era similar a algo que ya había vivido cinco años atrás. La inseguridad. La inestabilidad. En aquel entonces, se había sentido igual de perdida cuando la ambulancia y el equipo médico formado por dos mujeres y un hombre había irrumpido en su casa, tan solo para confirmar lo que muy en el fondo ella ya sabía: que su padre estaba muerto.

No pudieron hacer nada. Rachel se bloqueó de tal forma que tuvieron que llevarla al hospital y, una vez allí, un psicólogo del centro especializado en situaciones similares pasó la madrugada junto a ella, intentando que aceptase lo que había ocurrido de la mejor manera posible. Estaba en *shock*. Le aconsejaron que se abriese, que llorase y dejase salir las emociones, pero no fue capaz de derramar ni una sola lágrima. Le dolía tanto que no conseguía canalizarlo.

El psicólogo, que se llamaba Ian Foster y pareció adjudicarse el caso como algo personal, no se separó de ella mientras estuvo en el hospital y se tomó la molestia de llamar a la funeraria, al seguro y al banco. En más de una ocasión, a Rachel le tentó la idea de contactar con Jason. Porque sí, le necesitaba, pero otra parte de ella se sentía como si la hubiesen arrancado de golpe del mundo que hasta entonces había conocido. Fue como dejar atrás a la niña que vivía en su interior, abandonándola, abandonándose. Así que al final decidió almacenar en su buzón de entrada todos los mensajes de preocupación que le llegaron de Jason o Luke durante los días posteriores y, tal como le aconsejó Ian Foster, gastó la poca batería que le quedaba en el teléfono para avisar a su tía Glenda de lo que había ocurrido y pedirle si podía coger el siguiente vuelo a San Francisco.

Pasó las horas previas al funeral en la habitación de hotel en la que Glenda se hospedaba. No había querido volver a pisar la que había sido su casa, aquel lugar repleto de recuerdos, así que su tía se tomó la molestia de traerle ropa limpia y recoger en un par de maletas los papeles y las pertenencias más importantes. Rachel malgastó el resto del día tumbada en la cama, con la mirada fija en el techo blanco de la impersonal estancia, preguntándose por qué no conseguía llorar. El pecho le ardía por dentro, como si las lágrimas se agolpasen en su interior. Quemaba. Aquello fue lo último que pensó antes de meterse en la ducha y dejar que el agua caliente arrastrase la tristeza. Cuando salió, se vistió con unos vaqueros y una camiseta que su padre le había regalado de uno de sus grupos de rock

preferidos; cogió el radiocasete que le había pedido a Glenda que trajese y juntas se dirigieron al cementerio donde iba a celebrarse el funeral.

Lo último que hizo antes de marcharse a Seattle, fue acercarse al banco a firmar unos papeles. Ya estaba al tanto de la situación: dado que ella no podía pagar su casa y todavía estaba hipotecada, tendrían que quedársela ellos a cambio de anular la deuda. Rachel había aceptado su propuesta. El hombre trajeado del banco se mostró compasivo en todo momento, le recordó que su padre había dejado unos ahorros en su cuenta y le explicó cómo podía acceder a ellos. Además, la ayudó a buscar un trastero a un precio módico, propiedad de esa misma empresa, donde poder guardar parte de sus pertenencias. Una vez que terminaron todos los trámites, se rascó el mentón con gesto pensativo y le preguntó qué pensaba hacer.

—No lo sé. —Rachel lo miró, sentada en la cómoda silla del banco. El edificio, pintado de un color verde oliva, olía a desinfectante y a productos químicos de limpieza—. Tengo... tengo que reorganizar mi vida.

—Tu padre era un buen hombre. Lamento muchísimo la pérdida. Le preocupaba tu futuro, las dos veces que cambió el plan de ahorros fue con la intención de mejorarlo y siempre te nombraba y tenía en cuenta mis consejos. No hay una gran cantidad de dinero, porque estaba enfocado a un plazo largo, pero te dará para mantener el trastero y cubrir algún gasto extra. —La miró con cierta impotencia—. ¿No tienes ningún familiar?

—Sí, mi madre tenía una hermana, Glenda Collins. Se ha quedado en el hotel para organizar el viaje de vuelta. Vive en un pueblo pequeño de Washington, cerca de Seattle; me iré con ella.

Rachel pensó en si tenía a alguien más.

Recordó a Jason y sus ojos cálidos, y a Luke y sus bromas y sonrisas... y finalmente a Mike. Pestañeó rápido al notar que le escocían los ojos, como si al fin reaccionase después de aquellos días grises. Negó con la cabeza para sí misma.

No, no había nadie más. Estaba sola.